

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 27 de Octubre de 2009



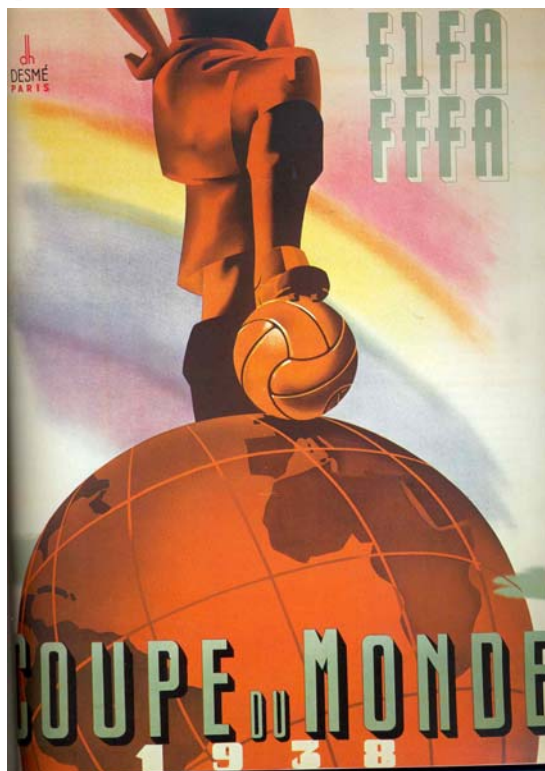
El campeonato de 1938 comenzó con una polémica muy agria. Como se había decidido anteriormente, el mundial se celebraría alternativamente en Europa y en América. En 1938 correspondía a América celebrarlo. Argentina había sido designada como sede final, pero el presidente de la FIFA, el francés Jules Rimet, decidió trasladarlo a su país, a Francia. En 1936, Rimet no confiaba en la calidad de los estadios argentinos, y los europeos presionaron para que cambiara de sede. Finalmente, y en un sorteo en que el propio nieto de Rimet sacó el papelito, Francia organizó su primer mundial. La FIFA organizaría su mundial por vez primera, casi en casa. Se pretendía dejar atrás la mala imagen que se dio en 1934, e impedir que nadie pudiera comprar partidos, o presionar a los árbitros. La Francia de 1938 es la Francia del Frente Popular, la de la coalición de partidos de centro-izquierda que evitó el triunfo de la derecha. El mundo seguía agitándose, y ahora Hitler pisaba el acelerador hasta el conflicto final. El campeonato siguió trufado de política, aunque ahora el campo iba a ser neutral.



interior en el esférico que se inflaba con una válvula al exterior. Así, y para que lo comprendan, los futbolistas podían rematar de cabeza el balón sin miedo a las consecuencias físicas que ello suponía (hubo jugadores que tuvieron derrames cerebrales a consecuencia de los remates con el balón antiguo, y algunos fallecieron). Ese fue el balón oficial que adoptó la FIFA aunque no duraría mucho, pues un año después, el mundo estaba al borde de una guerra que terminaría estallando.

Los estadios designados como sedes oficiales fueron los siguientes: Fort Carré, en Antibes, con 7000 espectadores. Parc Lescure, en Burdeos, con 35000. Stade de la Caveé Vert, en Le Havre, con 3000 espectadores. En Estrasburgo, La Meinau, con 29000 plazas. En Lille, el estadio Víctor Boucquey, con 15000. En Reims, el Velodrome Municipal con 9000. En Toulouse, el Chapou, con 22000 espectadores. Las tres joyas, los tres estadios con mayor capacidad para un partido de fútbol en Europa eran los dos de París y el de Marsella. En París, donde se esperaba que la asistencia diera el respaldo definitivo al campeonato mundial de fútbol FIFA, y por eso Rimet se trajo el mundial a su país, estaban los estadios de Parc des Princeps, con 49500 espectadores; y también el Olympique de Colombes, con una capacidad de 45124 espectadores. En Marsella estaba el más grande de todos: el Vélodrome con 60000 espectadores. Según cifras manejadas al finalizar el torneo, los 483000 espectadores que vieron algún partido durante la fase final nos permiten interpretar que, al final, la copa mundial de la FIFA se consolidó como un espectáculo de masas, y atrajo la atención mundial, sobre todo, porque el fútbol era ya un deporte al alza y se estaba poniendo de moda.

La inauguración se produjo en un Francia-Bélgica, octavos de final (como saben, los octavos eran la primera fase del antiguo mundial), en el Municipal de Colombes, con 30000 espectadores, más de media entrada. Jules Rimet quería que el presidente de Francia, Albert Lebrun, hiciera el saque inicial. Si bien en Francia el fútbol todavía no tenía la trascendencia que tiene actualmente, porque allí siempre han ido por delante el rugby, el boxeo y el ciclismo, los franceses se volcaron con el campeonato. De alguna manera quisieron demostrar al mundo, y sobre todo a Italia y Alemania, que la Francia democrática también sabía



organizar un campeonato con toda la pompa. Sin embargo, la cosa empezó un poco mal. El presidente Lebrun colocó el balón en el centro para hacer el saque inicial y le atizó un puntapié al suelo con tanta fuerza y tan mala fortuna que se rompió varios dedos. Así empezó el campeonato. Francia ganó por 3-1 a Bélgica. Veinante, el mejor jugador francés, marcó en el primer minuto. Nicolas, marcó el segundo en el doce. Isemborghs marcó el tanto belga en el minuto veinte. Pero Nicolas repitió en el minuto 69. Francia empezó con muy buen pie, cosa que no podemos decir de su presidente precisamente.

En el estadio Velodrome Municipal de Reims, ante 9000 espectadores, la potente selección de Hungría se medía a la de Indias Holandesas. Hoy, llamaríamos a la selección de Indias Holandesas con su nombre correcto: Indonesia. Pero la selección de 1938 era una selección colonial, con todos sus jugadores de origen holandés. Lo curioso se produjo al presenciar el once inicial de los colonos. El capitán de la selección usó gafas durante todo el partido. Era algo que no estaba prohibido curiosamente por la FIFA. De nada le sirvió. Kohut en el minuto doce marcó el primero para Hungría. Toldi marcó en el catorce el segundo. El mejor jugador húngaro, Sarosi, metió el tercero en el 20. Zselgeller en el 35 y en el 63 levantó el 5-0. Sarosi volvió a marcar en el 79. Al final, Hungría 6-Indias Holandesas 0.

En Meinau, Estrasburgo, con 13000 espectadores, los franceses vieron nacer a una leyenda futbolística y a un gigante a nivel internacional. La leyenda fue Leónidas da Silva. El gigante, Brasil, que a día de hoy ostenta cinco cetros mundiales. La selección brasileña de 1938, a priori nada favorita para hacer nada importante, era sin embargo, bastante diferente a la de 1934. Esta selección sí sabía jugarles a los equipos europeos. Era otra cosa distinta. Y se notó. Brasil tuvo que jugar el primer partido contra la selección de Polonia. Muchos de los polacos que jugaron el partido morirían un año y tres meses después en la invasión nazi. Leónidas marcó el primer tanto brasileño en el minuto 18. Szerfke empató en el minuto 23 de penalti. Romeu hizo el 2-1 para Brasil en el minuto 25. En el minuto 44, Peracio puso el 3-1 para Brasil. Polonia reaccionó en el segundo tiempo. Wilimowski firmaría una proeza que de poco le serviría a Polonia. En el 53 marcó el 3-2, y en el 59 hizo el 3-3. El partido se puso interesantísimo y se convirtió en una batalla deportiva de las que hacen época. Peracio volvió a marcar y puso a Brasil por delante nuevamente 4-3. Cuando todo parecía que iba a acabar así, una contra la culminó Wilimowski en el 89 y firmó el 4-4 con que acabaría el tiempo reglamentario. Se puso en marcha la fórmula de los 30 minutos suplementarios de prórroga. En el minuto tres de la prórroga, Leónidas dio un golpe de casta y puso el 5-4 para Brasil. Willimowski marcó su cuarto tanto particular y prolongó la angustia en ambos bandos en el minuto 104, con el 5-5. En el 118 de partido, Leónidas hizo su hat-trick y marcó el definitivo Brasil 6-Polonia 5. Fue un partido loco, con un marcador record. La anécdota vino del propio Leónidas. Marcó su segundo gol, pero sin calzado. Leónidas jugaba mejor descalzo, pero la FIFA prohibía jugar sin calzado. Lo ocurrido tiene fácil explicación: se le descosió la bota derecha, y mientras el utillero la reparaba en el banquillo, aprovechó para quitarse la izquierda. El árbitro no se enteró de nada. Había tanto barro a causa de la incesante lluvia, que parecía que Leónidas llevaba calzado. Pero no era así. Leónidas jugó el resto del encuentro sin calzado.

En Chapou de Toulouse se jugó el partido entre Cuba y Rumania. Cuba acudía por vez primera a los mundiales y nadie daba un duro por ella. Pero se lo puso muy difícil desde el principio a Rumania. Bindea, en el minuto 30 adelantó a Rumania. El cubano Socorro empató en el 40. Todo indicaba que el partido se perdería en la prórroga, pero Fernández sembró la sorpresa en el minuto 87 y puso a Cuba por delante. Baratki, un minuto después, puso el 2-2. En la prórroga, Bindea adelantó a Rumania en el minuto 100. El cubano Juan empató a tres en el 111. El partido acabó en el desempate. Cuatro días después se jugó el desempate. A pesar de que quien había salvado a Cuba de la derrota era el portero Carvajales, el seleccionador cubano sacó a Ayra como meta titular. Viendo esto, el periodista de Radio Cuba hizo que Carvajales ejerciera de comentarista para ese partido. Dobai adelantó a Rumania en el minuto 35. Pero los cubanos dieron la sorpresa. Socorro en el 50 y Oliveira en el 55 rubricaron el definitivo Cuba 2-Rumania 1. Primera gran sorpresa en los mundiales.

En el resto de encuentros de octavos, Suiza y Alemania empataron a uno y tuvieron que jugar un encuentro de desempate. Allí, Suiza arrolló a Alemania por 4-2. Hitler se despedía del torneo con otra decepción. Jugadores austriacos recién anexionados como Sindelar, se negaron a jugar con la selección alemana. Muchos austriacos acudieron a Francia bajo bandera alemana. Y boicotearon a la selección teutona.

Italia, la Italia de Piola, Ferrara, Meazza y del seleccionador Vittorio Pozzo, lo pasó difícil frente a Noruega, a priori, débil. Vencieron con un gol de Piola al comienzo de la prórroga. Checoslovaquia arrolló a los Países Bajos por 3-0 y seguía reivindicándose como subcampeona mundial. Faltó un partido, pero no se disputó. Suecia y Austria debían disputarse una plaza en cuartos de final, pero Alemania se había anexionado Austria en marzo de 1938, cuando ya había sido realizado el sorteo. Suecia, por tanto, se clasificó de oficio.

Si en el mundial de Italia, el partido que había enfrentado al Fascismo frente a la Democracia había sido el Italia-España; ahora lo era el Italia-Francia. Fue un partido de guerra más que de paz. Ahora, la Democracia jugaba en casa, y no había margen para comprar árbitros o coaccionarlos. Lo cierto es que Italia jugaba mucho mejor que en 1934. Vittorio Pozzo ya no necesitaba de la ayuda de Mussolini. En cierta medida, Italia se quería reivindicar y necesitaba ganar el mundial para quitarse de encima la imagen de que ganaron gracias a Mussolini. Cuando saltaron al estadio de Colombes, en París, casi lleno, los franceses abuchearon con gran estruendo a la selección azzura. Durante los saludos protocolarios, los italianos hicieron el saludo romano, pero muy tímidamente, hasta el punto de que algunos no quisieron levantar el brazo y luego, se supo, fueron castigados a su regreso a Italia. Fueron obligados a jugar, no de azul, por coincidir con los anfitriones, sino de negro, la camiseta fascista. Los ánimos estaban bastante caldeados. Hubo casi tres millones de francos de recaudación en el partido, se puede decir que este partido supuso el triunfo definitivo del torneo, ya que solo con esta recaudación se cubrieron todos los gastos generados. Colaussi adelantó a los italianos en el minuto 9, ante la tragedia general de los franceses. Heisserer, sacando la *grandeur* francesa a relucir, empató en el minuto 10 ante el fervor patriótico de Colombes. Pero en la segunda parte, Italia sacó sus galones a relucir e hizo un partido fabuloso. Fueron dos pero pudieron haber sido ocho fácilmente. Piola marcó el 2-1 para Italia en el 51. En el 72, Piola puso el definitivo Italia 3-Francia 1. Rimet quedó decepcionado, al igual que toda Francia. A juzgar por las caras de la gente, parecían adivinar lo que les ocurriría en la primavera de 1940: la derrota ante el fascismo. Sin embargo, esta solo era una derrota deportiva. Pero derrota al fin y al cabo.

La Hungría del genial Sarosi arrolló a Suiza en Lille por 2-0. Los húngaros jugaban de memoria y tenían un equipo muy serio, candidato firme a la victoria final.

En Antibes, Suecia arrolló a la Cuba de Carvajales y Socorro. Ahora ya no había lugar a dudas, Cuba no tenía nivel. Keller metió tres, Wetterstroem otros tres, Nyberg y Andersson finalizaron el marcador. El Suecia 8-Cuba 0 lo dice todo. Sin embargo, los cubanos fueron recibidos en La Habana como auténticos héroes. Los ecos de los partidos de octavos les hicieron ser considerados héroes nacionales. De hecho, Cuba nunca ha vuelto a jugar un mundial de fútbol.

En Toulouse, Brasil y Checoslovaquia se jugaban el pase a la semifinal. Los checos respetaban a los brasileños, pero en el fondo pensaban que eran unos gualtrapas de medio pelo que sorprendieron a los polacos. El partido se puso muy duro, y Leónidas jugó lesionado prácticamente todo el partido. Los checos cortaban el fabuloso *jogo bonito* que empezó a practicar Brasil con duras entradas. Los brasileños estaban siendo la sensación del campeonato, y junto con los campeones italianos, eran quienes mejor fútbol estaban practicando. Leónidas adelantó a Brasil en el minuto 14. En el minuto 41, con un discutible penalti, marcó Nejedly para los checos. La segunda parte se perdió entre el juego durísimo de los checos. El tiempo extra no sirvió para decantar el partido para ninguno de los dos equipos. Hubo que jugar un desempate. Fue el 14 de junio, dos días después. En ese partido, se adelantó Checoslovaquia por medio de Kopecky en el 23. Pero entonces, *el diamante negro*, Leónidas da Silva, magnífico, magistral, mágico, sacó todo su fútbol, un fútbol que solo era un anticipo de lo que estaba por venir de Brasil en las décadas siguientes, marcó el empate en el 56. Y en el 60 fijó el definitivo Brasil 2.-Checoslovaquia 1 con un chutazo desde la frontal que se coló por la escuadra checa. Brasil caminaba firme, y recordaba, trasladado a nivel futbolístico, a la Alemania de Hitler: nadie esperaba que hiciera nada, pero de repente se había cargado a Polonia y a Checoslovaquia.

En la primera semifinal, Hungría arrolló a la selección de Suecia. Se jugó el 16 de junio en el Parque de los Príncipes de París. Los suecos se adelantaron a los 40 segundos con un gol de Nyberg, pero luego se olvidó de atacar. Tal fue la cosa que, imaginaos, cuentan las crónicas que, en la segunda parte, se le posó a Szabo, el meta húngaro, un cuervo en su hombro izquierdo. Mucho trabajo no tendría precisamente. Zsengeller hizo un hat trick, Sas y Sarosi cerraron el marcador del Hungría 5-Suecia 1. Hungría, la magistral Hungría del genial Sarosi, jugaría su primera final mundialística. En justicia, Hungría se lo merecía.

El partido de semifinales de Marsella tenía visos de convertirse en un clásico, como así terminaría pasando, pero muchos años más tarde. Fue el mejor partido del torneo. Hubo claramente dos sistemas de juego muy distintos. Los italianos no tenían todavía *catenaccio*, pero estaban muy cerca. Los brasileños no tenían todavía *jogo bonito*, pero se acercaban mucho a él. La partida, sin embargo, se la llevó el experto, el que tenía toda la presión encima, Italia. Venció justamente. Colaussi adelantó a Italia en el minuto 56. Cuatro minutos más tarde, y de penalti, marcó Meazza. Aunque Brasil se echó al ataque, el gol de Romeu en el 87 de poco sirvió. Al final, Italia 2-Brasil 1.

El tercer puesto se jugó en Burdeos. Brasil dio una imagen terrible y fue el ganador moral de torneo. Nadie esperaba nada, y de la nada hizo un fútbol con mayúsculas. Los suecos nunca estuvieron en el partido. Leónidas marcó dos goles, Romeu y Peracio hicieron el resto. Johansson y Keller marcaron los goles suecos para el definitivo Brasil 4-Suecia 2. Los brasileños acabaron terceros en un mundial histórico para ellos. Desde entonces, mundial tras mundial, presentaron su candidatura para ganarlo.

La gran final se jugó el 19 de junio de 1938 en Colombes. La Italia de Meazza y Pozzo, actual campeón, se jugaría el cetro mundial contra la Hungría de Sarosi. Todo un duelo de fútbol centroeuropeo contra el transalpino. Las alineaciones: por Italia: Olivieri, Foni, Rava, Serantoni, Andreolo, Locatelli, Biavati, Meazza, Piola, Ferrari y Colaussi. Entrenador: Vittorio Pozzo. Por Hungría: Szabo, Polgar, Biro, Szalay, Szucks, Lazar, Sas, Vincze, Sarosi, Zsengeller y Titkos. Entrenador: Schaeffer. Se adelantó Italia pronto, en el minuto 6 con un gol de Colaussi. En el 8, Titkos empató para los húngaros. Piola en el 16 adelantó de nuevo a Italia. Hungría no reaccionó y Colaussi volvió a marcar en el 35. En el 70, Sarosi marcó el 3-2 para los húngaros. En el 82, Piola dio el segundo mundial definitivamente a Italia. En esta ocasión, los italianos se merecían el título, jugaron un fútbol bastante brillante (no el mejor, el más bonito, que fue el de Brasil), y no se apoyaron en arbitrajes favorables ni decisiones humillantes. Italia ganaba su segundo mundial, y lo hacía de forma consecutiva.

Algunas cifras para enmarcar: se marcaron 84 tantos, el equipo más goleador fue Brasil con 14 tantos, y el más goleado fue Cuba, con 12. El máximo goleador fue Leónidas da Silva, Brasil, con 7 tantos. Sarosi y Piola solo pudieron marcar cinco.

Cuando parecía que el torneo estaba consolidado, y lo estaba en efecto, los horrores de la guerra mundial que se desencadenó en septiembre de 1939, postergaron sin fecha la próxima edición. Se dieron algunas paradojas, como que España ya tenía nueva federación y había reingresado en la FIFA, y cuando tenía un equipo extraordinario, no hubo mundiales que celebrar. España jugó amistosos en América durante los años 40. Pero esta es otra historia que contaremos en el siguiente capítulo.



Éste es el equipo que ganó en Colombes. Vemos en el centro, levantando el título, a Vittorio Pozzo, el primer gran estratega de Italia. Hoy, Marcello Lippi quiere igualar a Vittorio Pozzo y ganar dos mundiales consecutivos para Italia.

Este es el momento en que se lesiona Leónidas, contra Checoslovaquia.



Momento en que Leónidas marca frente a Polonia. No se aprecia bien, pero está descalzo.



Aquí lo vemos mejor, Leónidas juega sin calzado frente a Polonia.



La selección italiana momentos antes de embarcarse hacia Marsella. *Il Duce*,

Mussolini, les arengó con una amenaza seria: “En Francia, o vencer, o morir.” La amenaza era muy seria. De hecho, frente a Francia, cuando saludaron a las autoridades, hubo algunos jugadores que se negaron a levantar el brazo derecho al modo romano. Fueron encarcelados a su regreso.